

somnolencia del crepúsculo concibe una idea que cruza por su mente con esa melancolía de las aves que se retiran hacia el nido. Es verdad que lo derrotó el caballero de Blanca Luna, y tendrá que abandonar las andanzas aventureras sin deshacer más entuerros, ni remendar desaguisados. Pero ya tiene en qué emplear sus energías. Será pastor. En adelante va a levantarse a la del alba, con el canto de los gallos, para ponerse tras su rebaño. En vez de la lanza, el cayado en la mano; el jamelgo en la cuadra, pero tendrá por compañero al mastín.

Tal es por cierto la primera ventaja del orgullo. La facultad que nos permite ver a tiempo la hora en que debemos cambiar la lanza por el cayado, una vez medidas nuestras fuerzas; que obrando así, las empresas más árdas no requieren mayor desgaste que el que emplea un yangues al hacer bolas de pan entre vianda y vianda.

El orgulloso podrá dudar un segundo, pero prosigue. Está convencido de que su fuerza ha de tener alguna aplicación.

Por eso cambia siempre la tendencia de las circunstancias en la persecución del fin único:

El viejo sembrador removía la maleza bajo la ira del sol, enterradas las pupilas en el surco, encorvándose junto a su larga sombra que al moverse tenía silente cansancio de camello. Desde que la alborada empezaba a bajar por los cerros daba golpes fecundantes sobre la tierra, duro y amargo como si fuese tallado en un cedro secular, hasta que a la caída de la tarde se nubla el campo. Nada lo fatigaba en la soledad inclemente, donde vivía mudo, sin más odio que el de la noche vagabunda que cuando no colgaba del ramaje de nubes la luna cual una gota de rocío, cerrábale el camino del trabajo.

Pero con un verano hostil llegó a sus predios un pájaro glotón, ladrón de simientes que por ser oscuro, muy oscuro, desgranaba luz al cantar. Entonces perdió la calma. Ahuyentábalo lazándole guijas. En vano. El pájaro

volvía. Llevábase los granos y dejaba rumores en los árboles.

Alcanzólo por fin el viejo.

Y cruelmente le sacó los ojos.

Nunca como en aquella sazón fué tan miserable la cosecha, antaño propicia. El labrador desalentado, en la certeza de que moriría de hambre, se aisló en su tedio. Todo era sombrío, más que la noche odiada. Sin embargo de pronto cayó en su alma el canto del pájaro ciego, torpe saltarín entre la maleza: era suave y de plata, alegremente triste, canto de sombras del mismo modo que antes lo fué de luz, sonoro y áureo. Así supo que del dolor se podía arrancar la felicidad. Por contrarios que sean los senderos convergen siempre en nuestro punto. La noche pareciale ahora el ánfora de bronce antiguo, labrada de estrellas, donde pone la aurora rosas de fuego.

Así, con el propósito de volver en mejores tiempos, a sembrar la tierra en cuyo seno los pájaros regarían al modo de semillas espolvoreos de música, emprendió la marcha en busca del poblado, bajo la luna que babeaba los árboles que en las tinieblas parecían hechos de miel cristalizada.

Ese pontífice a quien tanto debemos les jóvenes de América, José Enrique Rodó, expresa con voz de aliento, rumorosa y prometedora cual un trigal, cómo la destrucción mementánea de nuestras ilusiones, puede ser motivo de más altas conquistas, cuando llena de alegría con su triunfo al gamín que paseó victoriosa una flor puesta en la copa que le daba el ritmo de su vibración y, enmudecida porque la hincheron de arena, produjo singular tristeza al artista que hubiese llorado si no logra cambiar la armonía del sonido por la armonía del matiz.

Hay que hacer notar que el chicuelo se encontraba solo. A no ser así, no sabemos si hubiese sido víctima de la vanidad, y antes que dar más eficaz empleo al motivo de su entretenimiento, lo rompiera en mil pedazos contra los guijarros.

Para robustecerse, para crecer y avanzar hasta el logro de una ecuaní-